

Voltaire coloca á Carlos V al lado, y aún por encima, de Carlo-Magno: «Éste, dice, ocupa el primer lugar en la memoria de los hombres como conquistador y fundador; el otro, con tanto poder, es un tipo mucho más difícil de sostener. Carlo-Magno no tuvo que combatir más que á los Lombardos afeminados y á los Sajones salvajes; Carlos V tuvo que temer siempre á la Francia, al imperio de los Turcos y á la mitad de la Alemania.» Nosotros creemos que la comparacion, si se quiere establecerla, sería favorable al emperador de los Francos. Uno y otro se propusieron un objeto imposible, la unidad romana; pero cuando Carlo-Magno restableció el imperio de Occidente, el feudalismo naciente iba á desmembrar la Europa hasta lo infinito; se necesitaba un vínculo para detener la disolucion de la sociedad. Cuando Carlos V trató de reconstituir el Imperio, la unidad de la Edad Media no tenía ya razon de ser: era querer dar la vida á lo que debía morir, á lo que ya habia muerto. Carlo-Magno dió el apoyo de su brazo al pontificado; esta es su gran gloria, porque aseguró el porvenir del cristianismo; hé aquí por qué la humanidad le saluda, aún hoy, como un héroe civilizador. Carlos V fué también el defensor de la Santa Sede; pero en el siglo XVI los destinos del cristianismo no estaban ligados á los del pontificado; por el contrario, el verdadero espíritu cristiano estaba en el campo de la Reforma. Al decidirse en pró de la Iglesia y contra los protestantes, hubiera querido el emperador llevar la humanidad á la Edad Media; estas tentativas retrógradas fracasan siempre, y la Historia niega el título de grandes á los que abusan de su poder para detener la marcha progresiva de los pueblos por el camino de la verdad. El sistema político de Carlos V no tenía más valor que sus ideas religiosas. Era un regreso á lo pasado, en cuanto trataba de restaurar el sacro imperio romano; pero como la restauracion del pasado no es posible jamás, los proyectos de Carlos V, si hubiesen triunfado, hubieran conducido á fundar una especie de monarquía universal. Supongamos que la Francia hubiese sucumbido: ¿quién hubiera podido resistir á un emperador hereditario de la Alemania, señor de la Italia, de los Países Bajos y de la España? La monarquía de Carlos V hubiera detenido el nacimiento de las naciones, como hubiera comprimido el movimiento del libre pensamiento. † Bendigamos á Dios por ha-

berse servido del interes de los príncipes para combatir una ambicion que en todo y por todo era un obstáculo para los progresos de la humanidad!

• § II.—Oposicion de las naciones.

Los historiadores políticos atribuyen el establecimiento del equilibrio europeo al reinado de Carlos V. «Antes de él, dice Robertson, los Estados de la Europa estaban desunidos y aislados; despues del advenimiento de Carlos V se unen por lazos tan íntimos, que forman como una gran república, y velan con tanto celo por su independencia, que se han conservado poco más ó ménos tal y como existian en el siglo XVI, á pesar de las largas guerras que han agitado incesantemente á la Europa» (1). Es mucho decir que hubiera sistema en las luchas que señalaron la época de Carlos V. Es verdad que las ideas de balanza empezaban á germinar; los Italianos habian practicado ya en el siglo XV el sistema muy natural que impide la concentracion de un poder demasiado grande en manos de un solo Estado. Cuando al principio de la era moderna invadieron los Francos la Italia, los pequeños principados que se habian formado en ella buscaron su salvacion en las ligas contra la ambicion gala. El advenimiento de Carlos V dió otra direccion á sus temores; establecido en Milan y en Nápoles, el poderoso emperador encerraba á la Península y amenazaba ahogarla en sus brazos. Se comprende, pues, perfectamente, como dice un embajador frances, que los príncipes italianos hayan visto en la Francia «el principal y aún quizás el único obstáculo que pueda detener al emperador en el violento curso de su ambicion» (2). Por tanto, estaban interesados en que la Francia se conservase en todo su vigor, como garantía de su seguridad contra el poder de Carlos V. Esta es ya la

(1) ROBERTSON, *Historia de Carlos V*, lib. XII.

(2) Carta del embajador frances en Venecia, de 1549 (CHARRIERE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. II, p. 99).

idea del equilibrio, por más que no se haya pronunciado la palabra. Bien pronto lo fué, y ¡cosa extraña! por una mujer, la gobernadora de los Países Bajos, uno de aquellos diplomáticos con faldas, como se halla más de uno por aquellos tiempos en la casa de Austria. María, reina de Hungría, escribió en 1553, que la mayor parte de los príncipes permanecían neutrales en la lucha entre la España y la Francia: «El temor, dice, que tienen á la grandeza de los dos rivales, los lleva á balancear su poder» (1).

Aquí, podríamos decir, se encuentra la palabra y la cosa; pero este sería un grande error. En realidad, las largas guerras de Carlos V y de Francisco I, en las que intervinieron algunas veces Enrique VIII y Soliman, fueron luchas de ambición, y de una ambición generalmente muy inconsiderada. Un gran historiador, *M. Guizot*, celebra la monarquía hereditaria como el principio de unidad y de grandeza de los Estados modernos. Que el principio hereditario del poder supremo sea un elemento de fuerza, es evidente; pero la medalla tiene su reverso allí donde los reyes reinan sin intervencion de la nación; ahora bien, en el siglo XVI sucedía esto en toda Europa; las instituciones feudales desaparecían en todas partes en beneficio de la autoridad absoluta de los reyes. La monarquía absoluta parece, á primera vista, ser una causa de poder, pero la Historia atestigua á cada página que es un gérmen de debilidad. Da, es verdad, una fuerza inmensa al príncipe, pero pone esta fuerza á disposicion de las pasiones, y siempre los malos instintos triunfan en el hombre que tiene el derecho de decir: «el Estado soy yo.» Puede suceder que el egoísmo real corresponda al interés de las naciones, pero esto es efecto de la casualidad; por mejor decir, este efecto lo es de la Providencia, que se sirve hasta de nuestros errores y de nuestros crímenes para cumplir sus designios. Esto no impide á la política de los reyes ser esencialmente personal; los derechos y las necesidades de las naciones no son más que un instrumento en sus manos.

Se ha decorado con el bello nombre de política nacional la ambición de los príncipes que tratan de extender sus fronteras; se debería decir más bien que las naciones fueron las víctimas de un

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. IV, p. 121.

loco ardor de conquistas. Nada más impolítico que la política de Francisco I; nada más caprichoso, más miserable que la política de Enrique VIII. Se les atribuye una prevision que no tenían, diciendo que sus guerras fueron inspiradas por el sentimiento de la conservacion; jamás se elevaron á la idea de una balanza de poder. Indudablemente, el resultado de su larga rivalidad fué contener los proyectos de Carlos V y consolidar las nacionalidades; pero esto es obra de Dios, por la que no debemos ensalzar á los hombres. No puede tratarse en el siglo XVI de una oposicion real de las naciones contra la tentativa de restauracion del Imperio, porque las naciones no tenían todavía órganos. Cuando hablamos, pues, de oposicion de las nacionalidades contra la monarquía universal de la casa de Austria, nos colocamos bajo el punto de vista de la Providencia. La Historia nos ha mostrado lo que Dios quiere; vamos á ver lo que querían los hombres.

N.º 1.—*La Francia.*

Cuando se comparan la Francia y la España en la primera mitad del siglo XVI, admira que los historiadores acusen á la casa de Austria de aspirar á la monarquía universal; parece más bien que semejante papel ambicioso corresponde á su rival. La Francia tenía ya en aquella época todos los elementos de poder que le aseguran hoy el primer rango entre los grandes Estados, una poblacion guerrera por excelencia, un territorio de una riqueza admirable, y por encima de todo, el genio de la unidad. Los enviados venecianos, esos observadores tan exactos y tan sutiles, lo han hecho notar: «El Rey de España, dicen, tiene muchos reinos, pero todos desunidos. El Rey de Francia tiene un solo reino, pero completamente unido y obediente; sus once provincias son otros tantos miembros vigorosos de un solo cuerpo, que se comunican mutuamente la fuerza y la vida» (1). Ponen, sin duda alguna,

(1) MARINO CAVALLI, 1546, en ALBERI, *Relazioni*, I, 1, p. 232, 235; MICHELE SORIANO, 1559, en ALBERI, I, 3, 375; *id.*, 1561; en TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. I, p. 473.

la Francia, por encima de los demás reinos de la cristiandad (1); dicen que de todos los Estados es el más á propósito para realizar conquistas (2). ¡Cosa extraña! parecen temer más la ambición de la Francia que la de España; uno de ellos, Marino Cavalli, escribió en 1546 que la Francia hubiera caminado á grandes pasos hácia la monarquía universal, sin el obstáculo que encontró en la rivalidad de Carlos V (3). Por tanto, el embajador de Venecia invierte la tesis adoptada por la Historia: no es Francisco I quien ha salvado á la Europa de la monarquía de Carlos V; es el emperador quien ha impedido la dominación de la monarquía francesa. Los hechos han dado la razón al diplomático italiano; si la Europa tiene que temer por su libertad, el peligro proviene no de la España, sino de la Francia.

Sin embargo, aparentemente, la opinión de Marino Cavalli es una paradoja. Escribió en 1546; algunos años después la Francia era desgarrada por la guerra civil, y el Rey de España pensaba seriamente en colocar la corona de los Valois sobre su cabeza. En realidad, la debilidad momentánea de la nación francesa, en la segunda mitad del siglo XVI, viene en apoyo de la tesis de los enviados venecianos; precisamente porque se hallaba debilitada por disensiones religiosas, su influencia fué casi nula hasta el advenimiento de Enrique IV y de Richelieu. «Si los Franceses no estuviesen divididos por la religión, dice Corbero, llevarían el terror por todo el mundo» (4). Las guerras religiosas pusieron á la Francia bajo la dependencia del extranjero. ¿A quién se deben imputar aquellas terribles luchas? ¿y cuál fué el papel que los reyes desempeñaron en ellas? El fanatismo católico las encendió; la monarquía podía pronunciarse, sea por el catolicismo, sea por la Reforma, ó podía también imponer la tolerancia á las dos confesiones rivales. No adoptó ninguno de estos partidos. Los reyes se

(1) JUAN LIPOMANO, 1577, dice que la Francia es *apud considerabile d'ogni altro regno, d'ogni altro imperio, e d'ogni altra monarchia.* (TOMASEO, II, 546.)

(2) BARBARO, 1563, en TOMASEO, II, 16.

(3) MARINO CAVALLI, en ALBERI, I, p. 232, 235, y en TOMASEO, I, 270, 276.

(4) CORBERO, en TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, página 150.

convirtieron en instrumentos de las pasiones católicas, sin participar de ellas. Perseguidores sin convicción, no podían pretender el primer papel en la reacción católica; no tenían, pues, la fuerza que da el catolicismo, y se enajenaron la que les hubiera dado la Reforma: de aquí su nulidad. Su ambición guerrera fué tan inconsecuente como su política religiosa.

Lo que constituye la grandeza de la Francia es su admirable unidad. Ahora bien, en el siglo XVI su territorio no estaba formado todavía; quedaban fuera de la monarquía francesa poblaciones á quienes el origen y costumbres comunes destinaban á un mismo régimen. La Francia tenía que completar sus fronteras al Norte y al Este; hácia este fin hubieran debido concentrar los reyes sus esfuerzos. Un príncipe poderoso por el genio de la unidad que le inspiraba, había señalado el camino por el que hubieran debido marchar sus sucesores: Luis XI, abandonando la Italia á sus divisiones, puso toda su solicitud en la herencia de la casa de Borgoña. Los hombres políticos comprendían perfectamente, en el siglo XVI, que allí había campo abierto al espíritu de conquista. Un embajador de Francia en Constantinopla escribió en 1558: «Arrojad á los Ingleses de Calais, y llevad adelante vuestras fronteras hasta que llegéis al Rhin, límite natural de la monarquía de las Galias» (1).

Gracias al genio de Richelieu, esta política fué la de la monarquía en el siglo XVII. En el siglo XVI los reyes de Francia no tenían política alguna, porque no puede darse semejante nombre á la loca ambición que los arrastró á Italia. Carlos VIII inauguró la era de la ligereza francesa. Poseía el Rosellon, el Artois y el Franco-Condado. Por el tratado de Barcelona (1493), cedió el Rosellon á Fernando el Católico, y por el tratado de Senlis, restituyó el Artois y el Franco-Condado á Maximiliano de Austria. No son las desgracias de la guerra las que le llevaron á consentir en estas cesiones; estaba al frente de un ejército impaciente por combatir; no son los escrúpulos de conciencia; el tiempo de San Luis había pasado ya. ¿Cuál fué, pues, el móvil del joven rey? Si disponía con tanta li-

(1) Carta de DE LA VIGNE de 1558, en CHARRIERE, *Negociaciones de la Francia en el Levante*, t. II, 450, nota.]

beralidad de provincias enteras, era porque había recibido una magnífica compensación: un descendiente de los Paleólogos le había hecho donación del imperio griego. El acta redactada en Roma estaba completamente en regla; el donante renunciaba á todas las causas de revocación; no se reservaba más que la Morea y el Peloponeso (1). Es verdad que el príncipe griego disponía de lo que no tenía, pero Carlos VIII va á arrancar su imperio á los Turcos, después que se haya apoderado de la Italia á su paso por ella: «Daré tan grandes batallas, que subyugaré la Italia. ¡Esto hecho, seguirá adelante y pasará el mar; después entrará en Grecia, donde por sus valientes proezas será nombrado rey de los Griegos; entrará en Jerusalem y subirá al monte Olivete» (2).

Hé aquí los castillos en el aire que se hacía aquel joven ligero de cascos, á quien se comparaba modestamente con Carlo Magno en el acta de donación del imperio griego. No necesitó más que un paseo militar para conquistar la Italia, pero la perdió en menos tiempo que la había ganado. El camino fatal estaba abierto; Luis XII y Francisco I se extraviaron en él detrás de Carlos VIII. Tenían á sus puertas una conquista sólida que hacer; en vez de extender las fronteras de la Francia, gastaron la sangre y el dinero de la nación, por ser duque de Milan ó rey de Nápoles.

Francisco I ha adquirido un nombre como protector de las letras; diríase que con esto ha seducido á los hombres de estudio que han escrito su historia; pero cuando se examinan sin preocupación sus guerras y sus negociaciones, la grandeza del rey caballero desaparece como un sueño. Si hay algo que iguale á su falsa ambición es su incomparable nulidad. Entregó el gobierno á favoritos. La milicia francesa, en su heroico entusiasmo, venció á los suizos, que pasaban por invencibles; conquistó para su rey el hermoso ducado de Milan. ¿Qué fruto sacó Francisco de estas conquistas? Un hermano de la sultana reinante sublevó á Milan contra los franceses, por una crueldad y una tiranía completamente

(1) Acta de cesión de Andres Paleologo en favor de Carlos VIII, en las *Memo-rias de la Academia de las Inscripciones*, t. XVII.

(2) FILON, *Historia de la Europa en el siglo XVI*, t. I, p. 303, nota 3. (Versos de un contemporáneo, GUILLACHE DE BORDEAUX.)

desprovistas de fundamento, y lo perdió por su codicia y su incapacidad. El servidor era digno de su señor. Se ensalza á Francisco por haber contenido el poder creciente de la casa de Austria y por haber salvado á la Europa de la monarquía universal. La verdad es que no hay ni asomo de idea política en el rey de Francia. No tenía más que una ambición, una pasión, el ducado de Milan: que se lo dé Carlos V, y léjos de contrariar sus designios, Francisco I le ayudará con todas sus fuerzas á hacerle monarca, y el mayor príncipe que hubo jamás en la cristiandad. Carlos V afirmó que estas ofertas le habían sido hechas por su rival (1); lo dijo en sus cartas particulares, y lo repitió en el discurso solemne pronunciado en Roma ante el papa, los cardenales y los embajadores: *Si yo hubiese aspirado alguna vez á la monarquía universal, dice el Emperador, jamás me hubiese visto contrariado por el rey de Francia; por el contrario, me ha ofrecido su ayuda contra todo el mundo, con tal que yo le quisiera conceder tan sólo el ducado de Milan* (2). Las ofertas de Francisco I excedían de todo lo creíble; se inclinaria uno á creerlas una calumnia, si el rey no se hubiera tomado el cuidado de consignarlas en las instrucciones dadas á sus enviados. Oigamos á Du Belloy: *Si Carlos V emprende el viaje á Constantinopla, el rey de Francia le acompañará en persona de buen grado, y le ayudará con todas sus fuerzas. ¿Qué se diría hoy del emperador de los Franceses, si se comprometiese á ayudar al Czar á hacer la conquista de Constantinopla, para obtener la Lombardía ó el reino de Nápoles? He aquí el papel que Francisco I consintió en desempeñar en el siglo XVI en beneficio de la casa de Austria. Hay más; lo que constituía el poder de la Francia en su lucha contra Carlos V, es la división de la Alemania; los príncipes protestantes eran, pues, los aliados naturales de los enemigos del emperador. ¿Qué hizo Francisco I? Si se le da á Milan, se pondrá á disposición de Carlos V para restablecer la unidad de la Iglesia en Alemania. No hemos acabado con las increi-*

(1) Carta de Carlos V al Conde de Reuz, 19 de Abril de 1535. (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. II, p. 345.)

(2) DU BELLAY, *Memorias*, en PETITOT, t. XXIII, p. 338.

bles ofertas de Francisco I. Enrique VIII había realizado el cisma, era el aliado de la Francia; si alguna alianza debía ser cultivada era la de la protestante Inglaterra, porque mientras estuviese separada de Roma, la reconstitución del sacro imperio romano era imposible. Pues bien, por obtener á Milan, Francisco I se obligaba á tomar las armas, para hacer obedecer á Enrique VIII la sentencia de la Iglesia. No es esto todo. El rey de Francia ofreció además hacer traición á sus aliados de Italia y de Alemania, y todo por la grandeza y aumento del señor emperador y del rey de los romanos su hermano (1).

¡He aquí la política de Francisco I! ¿No parece un niño que, para conseguir un juguete ardientemente deseado, consiente en arrojar por la ventana todo lo más precioso que tiene? El rey de Francia era aún más inconsiderado que un niño: no veía que, si Carlos V reducía la Alemania á su obediencia, si llegaba á reinar en Constantinopla y en Londres, él también estaría á merced del omnipotente emperador, el cual podría quitarle aquel querido ducado de Milan, y aún desmembrar la Francia, si tal era su voluntad. Si Francisco I fué inconsiderado como un niño, no puede decirse que haya tenido la buena fe de la infancia. Más adelante diremos lo que se debe pensar de la moralidad política del rey caballero; todos los medios le parecían buenos para llegar á su fin, y el más habitual era el engaño, la mentira. Se atribuye á Francisco I como una gloria el haber salvado la Reforma; fué, es verdad, aliado de los protestantes de Alemania: pero ¿lo era por defender la libertad religiosa? Para los que conocen las crueles persecuciones de Francisco I contra los hugonotes, nuestra pregunta parece una necedad; sin embargo, oigamos al embajador de Francia cerca de los príncipes protestantes: «El rey confiesa que se ha equivocado en materia de religion, reconoce que los alemanes que siguen á Lutero profesan LA VERDADERA CREENCIA (2): y como sabe que el emperador quiere convertirlos por la fuerza al catolicismo, les ofrece su apoyo para conservar su libertad.»

(1) *Memorias de DU BELLAY*, en PETITOT, t. XVIII, p. 293 y sig.

(2) Relación del arzobispo de Lunden á Carlos V, de 12 de Noviembre, 1536. (LANZ, *Correspondenz*, t. II, p. 144.)

Francisco I no se limitó á esta profesión de fe. En 1535, los protestantes se habían reunido en Esmalcalda para concertar su unión; llegó un embajador del rey de Francia, que ofreció los servicios de su señor: entró en conferencias con los teólogos sobre los dogmas que los separaban de la Iglesia ortodoxa, y se encontró con que reinaba un perfecto acuerdo de sentimientos entre el rey cristianísimo y los reformadores. El jesuita Maimbourg, no pudiendo creer en tanta hipocresía, acusó á los historiadores protestantes de haber inventado aquella conferencia; pero tenemos el acta auténtica que no deja duda alguna sobre el indigno artificio empleado por Francisco I para engañar á la ingenuidad alemana (1). Por aquel mismo tiempo, el rey caballero negociaba con Carlos V el obtener á Milan, y le propuso reducir á los protestantes por la fuerza! Decía al legado que no se debía entrar en discusión con los innovadores, que no se trataba de escucharles, sino de compelerles (2). Francisco tomaba efectivamente medidas en su reino para exterminar aquella desdichada secta luterana (3). Mientras empleaba este lenguaje en Francia, y obraba en su consecuencia, continuaba mofándose de los protestantes, exhortándoles á que permaneciesen firmes en sus creencias y «asegurándoles su apoyo.» Los historiadores católicos mismos pronuncian la palabra *fraude* para caracterizar aquella política desleal! (4).

He aquí cómo Francisco I fué el protector de la reforma. En otra parte hemos dicho que la misión de la Francia, en las luchas religiosas de los siglos XVI y XVII, fué no ser ni protestante ni católica. Francisco I obedeció como instrumento á los designios de Dios; contribuyó á salvar el protestantismo en Alemania, y sin dejar de mantener el catolicismo en Francia por la fuerza, lo arruinó protegiendo el Renacimiento, que iba más allá que la Reforma. Pero esta gloria corresponde á Dios, no al hombre. En

(1) BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. II, p. 1014.

(2) «*Qui debeant cogi ad officium, non audiri.*» (RAYNALDI, *Annales ad a. 1540*, t. XIII, p. 534.)

(3) FLOQUET, *Historia del Parlamento de Normandía*, t. II, p. 236.

(4) RAYNALDI, *Annales*, t. XIII, p. 587: «*Et etiam fraude rex usus est, ut, licet persequeretur hæreticos, litteras ad protestantes principes scriberet, eorum sectam ingratham sibi non esse, hortareturque ne conciliarentur Ecclesie.*»

vano buscamos un título de gloria para Francisco I; no encontramos más que una excusa para sus innumerables errores, y es que sus defectos son la expresión del carácter nacional. Se le llama el rey caballero; en efecto, tiene el valor del caballero, pero es un espíritu batallador, sin objeto y sin regla. «No se estima en Francia, dice un enviado veneciano, á los nobles y á los príncipes que no aman y buscan la guerra»: (1) «¿A qué quereis, exclama Montluc, que se dedique un corazón bueno, noble y generoso más que á las armas? Un príncipe valeroso no debe estar contento nunca; por consiguiente, necesita avanzar; la tierra es grande, hay mucho que conquistar.» Montluc excita incesantemente á su rey á la guerra: «No debemos, dice, renovar la guerra de la Tierra Santa, porque nosotros no somos tan devotos como las buenas gentes de los tiempos pasados. Vale más dedicarse al nuevo mundo ó pelear con los vecinos, reclamar el ducado de Milan ó el reino de Nápoles» (2). Tal era el espíritu de la nación, la guerra por la guerra, una necesidad de movimiento y de lucha. En esto entraba por mucho la ambición, pero nada tenía que ver la razón de Estado; se preferían las expediciones lejanas, porque daban más gloria: era la poesía de la guerra. Si se quiere dar á esta tendencia irreflexiva, casi física, el nombre de caballería, puede llamarse á Francisco el rey caballero; pero cualquier guerrillero merece la misma gloria, si es que en ello hay gloria.

N.º 2.—*La Inglaterra.*

El papel de la Inglaterra en las luchas que agitan el continente, parece trazado por la naturaleza de las cosas. No puede aspirar á la monarquía universal; su posición insular y el buen sentido de sus poblaciones le han impedido y le impedirán siempre el entregarse á estas locas ideas. Pero la independencia, y hasta la existencia de la nación inglesa, podrían verse comprometidas si

(1) «*Che non solo non ami, ma non cerchè e procurè la guerra.*» (TOMASEO t. II, p. 236).

(2) MONTLUC, *Memorias*. (PETITOT, t. XXII, p. 226, 521, 294.)

un Estado continental adquiriese un poder preponderante, una de esas dominaciones que no dejase á los demás pueblos más que una apariencia de libertad. La Inglaterra está, pues, llamada á intervenir en las guerras del continente, cuando se trata del principio de las nacionalidades. Hé aquí porque fué el alma de las coaliciones que se formaron contra Luis XIV y Napoleón. En el siglo XVI tenía una misión análoga que cumplir. La Francia y la España eran igualmente de temer para los ingleses, si una de aquellas poderosas monarquías triunfaba sobre la otra. Al interés político se unía el interés religioso. La Reforma penetró desde un principio en las islas británicas; individual por excelencia, la raza inglesa había nacido, por decirlo así, protestante; el rey mismo se hizo reformador á su manera, separándose de Roma por medio de un cisma ruidoso. La España, por el contrario, se puso á la cabeza de la reacción católica, y en Francia también fué erigido el cadalso para los reformados. Es completamente evidente que la monarquía universal de la Francia ó de la España hubiera ahogado el protestantismo en Inglaterra, lo mismo que en las demás partes. Tales eran los poderosos motivos que llamaban á la nación inglesa á intervenir en la lucha de Francisco I y de Carlos V. En realidad, Enrique VIII estuvo tan pronto con uno como con otro de ambos rivales; pero se le haría un honor que no merece, si se atribuyesen las mudables alianzas del rey á miras de equilibrio político.

En el siglo XVI Inglaterra gozaba del beneficio de un gobierno representativo, pero el despotismo de los Tudor alteraba singularmente este régimen; en realidad, el Parlamento expresaba más bien la voluntad del rey que la de la nación. La ambición conquistadora de sus príncipes extravió á la Inglaterra en los siglos XIV y XV, arrastrándola á una larga lucha con la Francia, lucha en la que la victoria le hubiese sido más funesta que la derrota; porque la reunión de los dos reinos bajo un mismo príncipe hubiese conducido á subordinar la Inglaterra á la Francia. Felizmente, la victoria era imposible. Después de haber errado el camino siguiendo á sus reyes, los ingleses se retiraron á su isla para entregarse al desenvolvimiento de su genio particular. Pero la guerra extranjera había dado á la monarquía una preponderancia que estuvo á punto

de ser fatal á la libertad de Inglaterra. La guerra civil acabó de agotar las fuerzas de la nacion. Cuando los Tudor le dieron la paz, la paz amenazó ser la del despotismo. Esto explica cómo la política de los reyes de Inglaterra fué tan personal como la de los demás príncipes y tan contraria á los verdaderos intereses de la nacion.

Nada más miserable ni más odioso que la política de Enrique VIII, si puede llamarse política la ausencia de toda idea, el reinado del capricho en toda su inconsecuencia, y de la pasión en toda su brutalidad. Francisco I y Carlos V se disputaron vivamente su alianza. La Inglaterra tenía todavía un pié en Francia; poseía en ella á Calais y el condado de Guines; esto le proporcionaba la facilidad de lanzar un ejército sobre el continente; su intervencion podia ser fatal, ya á la Francia ó ya á los Países Bajos españoles. Hacía siglos que la Inglaterra era aliada de la casa de Borgoña, cuyo heredero era Carlos V; el odio de la Francia y la comunidad de intereses habian unido á los dos Estados. Enrique VIII se inclinaba hácia la alianza española; no reflexionaba que una era la posición del ducado de Borgoña, y otra la de la poderosa monarquía de Carlos V. El rey de Inglaterra debía ser el aliado de los vecinos de la Francia, cuando estos vecinos eran débiles; pero cuando el duque de Borgoña iba á colocar sobre su cabeza la corona de España y la corona del sacro imperio romano, ¿no debía cambiar la política inglesa al compás de las circunstancias? Enrique VIII se dejó llevar de la ambición de conquista, que era la pasión de todos los príncipes del siglo XVI. Llevaba todavía el título de rey de Francia; se imaginó que el título podria llegar á ser una realidad. Por tanto, lo que se habia creído impracticable en medio de la anarquía feudal que debilitaba la Francia á fines de la Edad Media, Enrique VIII pensaba en realizarlo en el momento en que la Francia, fuerte en su poderosa unidad, estaba bastante más pronta á conquistar que á ser conquistada. Tal era, sin embargo, el objeto de la alianza que Enrique VIII hizo con el emperador Maximiliano despues de la batalla de Marignan. El momento estaba singularmente escogido, y no prueba gran cosa en pro del sentido político del rey de Inglaterra y de su aliado de Alemania.

Carlos V acababa de disputar la corona imperial á Francisco I. No ocultaba que el fin de su ambición era hacer de su título de jefe temporal de la cristiandad una formidable realidad; pero conocia que si la Inglaterra se decidía por la Francia, su dignidad sería un vano nombre. Hé aquí por qué Carlos V empleó todas las seducciones de la diplomacia para ganar á Enrique VIII. Francisco I hizo otro tanto. El rey de Inglaterra era ávido y orgulloso, y tenía un ministro tan avaro, y tan ambicioso como él. Francisco I creyó ganar al señor y á su servidor prodigando el oro; prometió al primero una suma de 600.000 coronas, que hoy equivaldria á más de treinta millones; compró á Wolsey por una pensión de 12.000 libras; además le dió á entender que tenía catorce votos en el colegio de cardenales, y que si el rey de Inglaterra se unía á él, dispondrian del pontificado y del imperio. Carlos V tenía más probabilidades que Francisco I en aquella especie de puja; ofrecía también oro á Enrique VIII, y le hizo esperar conquistas en la Francia, y aún tal vez la corona que habia llevado uno de sus predecesores. En cuanto á Wolsey, el hábil prelado, sabía perfectamente que un emperador de Alemania, que al mismo tiempo era rey de España y rey de Nápoles, tendria más influencia en Roma que un rey de Francia. Los ingleses han sido siempre excelentes calculadores, y vieron que la ventaja estaba evidentemente de parte de la alianza española. En vano Francisco I desplegó todos los recursos del espíritu frances, en la célebre entrevista del *campo de la tela de oro*; Enrique VIII, tan desleal como avaro, aceptó un subsidio anual de cerca de tres millones de francos; pero apenas habia vendido su amistad al rey de Francia, entró en tratos con Carlos V. La corona de Francia valía más de tres millones por año; renunciar á su ambición por semejante suma, era hacer un mal negocio. Enrique VIII creyó ser un profundo político aliándose con el emperador; la lucha de Francisco I contra su poderoso rival, debía acabar por aniquilarle; entónces él, heredero de los Plantagenet, podria recobrar la Guienna, la Normandía, ¿quién sabe? la Francia entera. Cuando se hacen castillos en el aire, lo que cuesta es dar el primer paso; los sueños caminan de prisa. Se cree soñar, en efecto, cuando se oye á Enrique VIII decir seriamente que espe-

raba reinar en Francia. El cardenal Wolsey lisonjeaba aquella loca ambición; forjaba planes de campaña, y encontraba que el camino de Calais á París era fácil. Por su parte, el papa se preciaba de allanarle el camino; dirigió una bula por la que desligaba á los súbditos de Francisco I de su deber de fidelidad (1).

El astuto Wolsey contaba más con la corona pontificia para sí, que con la corona de Francia para su señor. Uno y otro vieron frustradas sus esperanzas. Dos veces quedó vacante la Santa Sede; dos veces engañado, el cardenal inglés juró un odio á muerte á Carlos V. La batalla de Pavía le proporcionó un pretexto favorable. Los Estados italianos, asustados por la victoria del emperador, formaron una liga contra él; se la llamó santa, porque el papa era su jefe. Enrique VIII fué declarado su protector; pero la santidad de la liga no bastó al rey de Inglaterra y á su ministro para comprometerse en ella; fué preciso que se prometiese al rey un principado en el reino de Nápoles, y á fin de que no fuese éste un principado de burlas, tuvo cuidado de estipular que debía producir una renta de treinta mil ducados; se prometieron á Wolsey tierras por valor de diez mil ducados (2). ¿Había alguna idea de equilibrio en este cambio de política? El ministro inglés tuvo cuidado de dar este colorido á su deseo de venganza; hizo ver á su señor que Pavía era el primer escalon de la monarquía universal; lisonjeó su vanidad diciéndole que solamente la Inglaterra podía impedir que Carlos V llegase á ella. Los contemporáneos tomaron en serio estas palabras (3). Es verdad que la alianza de la Inglaterra con la Francia contra el vencedor de Pavía, era tan exigida por el interés político, que se debían suponer cálculos de equilibrio á Enrique VIII y á su ministro. Pero también es cierto que el primer pensamiento del rey después de la batalla de Pavía fué la conquista de la Francia; creía ver la mano de Dios en la derrota de Francisco I, é interpretando en su favor los designios de la

(1) Véanse las pruebas auténticas de estas locuras en MIGNET, *Rivalidad de Carlos V y de Francisco I*, y en RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II.

(2) ROBERTSON, *Historia de Carlos V*, lib. IV.

(3) DU BELLAY, *Memorias*, en PETITOT, t. XVII, p. 5: «El Rey de Inglaterra, temiendo que el Emperador quisiera hacerse tan grande que después se le viese encima, convirtió en amistad su malevolencia hacia el Rey.»

Providencia, pensaba que sería faltar al Todopoderoso, no aprovechar la ocasión que el cielo le ofrecía. Enrique VIII pidió el concurso del papa para aquella santa empresa, bajo el pretexto de que la ruina de Francisco I sería el único medio de poner paz en la cristiandad. Trató de ganar al emperador, prometiéndole lo que la Francia había usurpado á la casa de Borgoña y al Imperio. Después de todo, decía, la Inglaterra y la Francia debían recaer en Carlos V, si, según convenios, se casaba con su hija María (1).

Hé aquí la política del rey de Inglaterra; es ciega á fuerza de egoísmo. Después de la victoria de Carlos V en Pavía, el más vulgar buen sentido ordenaba unirse con Francisco I y los Estados de Italia contra el vencedor. ¿Qué hizo Enrique VIII? ¡En lugar de oponerse al poder del emperador, propuso aumentarlo, desmembrando la Francia! Es verdad que tomaba para sí la mejor parte; pero ¿cómo no veía que aun suponiendo sus armas victoriosas, su conquista sería insegura, en razón al excesivo poder de Carlos V? ¿Qué decir del proyecto extravagante de reunir las coronas de Francia y de Inglaterra sobre la cabeza de aquel que era ya rey de España y de Nápoles, duque de Borgoña y emperador de Alemania? Hé aquí la monarquía universal; ¿y un rey de Inglaterra la ofrece á la casa de Austria? ¿Se dirá después de esto que Enrique VIII tenía por política mantener la balanza entre Francisco I y su rival? No tenía ni aun siquiera el sentimiento de la independencia nacional, tan poderoso en la raza inglesa; lo mismo la Inglaterra que la Francia, hubieran desaparecido en una monarquía cuyo jefe hubiese sido el rey de España; las nacionalidades que constituyen la gloria de la Europa, hubiesen sido ahogadas en su cuna. ¡Proyectos insensatos en que no debe perderse el tiempo, porque son tan irrealizables como criminales! Dios veló porque se rompiera la peligrosa unión de Enrique VIII y de Carlos V; las pasiones mismas del rey y de su ministro trastornaron sus proyectos. Al separarse de Roma, el rey dió la mayor garan-

(1) ELLIS, *Letters illustrative of english history*, segunda serie, t. I, p. 327.—RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 329 y sig., y RANKE, *Englische Geschichte*, t. I, 156-158.